

París 68: la historia la escriben los que narran

Acerca de Casullo, N. (2018). *París 68. Las escrituras, el recuerdo y el olvido*. Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades - Universidad Nacional de Córdoba.

El título de este libro podría escribirse entre signos de interrogación: *¿París 68?* Es que ese par sencillo de coordenadas espaciales y temporales se ve rápidamente intervenido por Nicolás Casullo para dar lugar a una lectura no ya de los eventos del Mayo Francés, sino del espectro de su dispersión en la cultura del siglo XX.

Para comenzar, podemos decir que el texto no se deja capturar por los mandatos de ningún género en particular: no es ni una reconstrucción histórica de hechos ni una variante del testimonio personal, no es exclusivamente una historización de las ideas ni una discusión historiográfica. Conviven capítulo a capítulo todas esas fuerzas textuales que hilvanan de un modo singular al yo con los hechos históricos. El problema central que se plantea Casullo es el del vínculo entre esos elementos: entre la voz y el tiempo. Contar una historia significa construirla, darle entidad, inventar el sentido, nos sugiere el texto en varias oportunidades. Los datos están muertos sin las voces que los entranan en un tejido. Se emprende entonces el arduo camino de elaborar una textualidad que, sin renunciar a la singularidad de una voz, a la singularidad de una experiencia subjetiva situada, sin renunciar a decirse a sí misma desde un lugar determinado en la cultura y desde una trayectoria específica, sin jugar al positivismo o a la objetividad del sentido común periodístico, una textualidad, decimos, que sin hacer nada de todo eso, pueda igualmente construir un lazo con el lector. En otras palabras, si todo texto guarda entre sus palabras el espacio de la ilegibilidad, ese motor ausente que se resiste a ser leído para que lo dicho nunca llegue a cerrarse sobre sí mismo, entonces este texto en particular apuesta a poner en escena los límites de su propia legibilidad y es ahí donde logra encontrarse de un modo genuino con quien lee.

Se trata de una mirada de esos hechos y efectos un tanto espectrales que llamamos *Mayo Francés*, que afirma su condición de lectura de las lecturas. Incluso más allá: afirma explícita y nietzscheanamente que solo es posible acceder a los distintos modos en que los acontecimientos del 68 han sido leídos; su esencia, si cabe, es el espacio de lo que ha sido dicho al respecto. Y este modo de ser del libro, el propio texto

lo sugiere, es quizás en sí mismo una de esas esquiras sutiles con que el Mayo penetró en la cultura. Por eso, diversos y extensos tramos funcionan como una arqueología de las grandes voces que han devenido canónicas en la comprensión del fenómeno: Penélope no puede simplemente destejer, porque en ese mismo acto un tejido nuevo se configura. En esa paradoja aparente la obra muestra la textura de su singularidad.

La primera voz que resuena es la de Barthes. Hay en su mirada la lucidez habitual, el gesto del crítico literario audaz. Casullo juega su propio juego: "Compartí su idea de que la de Mayo fue una escritura desprevenida que pareció tomar conciencia de que, a la postre, sería esencialmente eso: ella" (2018, p. 28). Sin embargo: "lo que no advierte el entusiasmo barthesiano con respecto al París 68 es la nueva y extrema configuración del capitalismo productor de 'seres culturales', que ya gestaba y extendía industrialmente el mundo como 'invención' de imágenes" (2018, p. 29). La ebullición del lenguaje y la estética revolucionaria cobran un protagonismo que toma por asalto y seduce a Barthes, sin que por ello quede convertido en apóstol de la gesta.

Distinto es el caso de Sartre, quien protagoniza activamente el Mayo y en quien Casullo ve la apertura de una legibilidad en el presente de los acontecimientos: "Sartre era precisamente la voz escuchable y que le confería sentido al hecho (...) En tanto podía, él, eslabonar para nuestro campo intelectual los significados de borrosos sucesos que el periodismo argentino había retaceado" (2018, p. 58). El marxismo existencialista cabalgó bien sobre su crítica al estalinismo y esto lo revitalizó cuando ya estaba casi consumada su retirada. Sartre toma posiciones, y su rol es el de una brasa ardiente que aviva la rebelión casi acriticamente, como se nos propone en el texto. Su lugar es ciertamente complejo y está lejos de ser cómodo: "En gran parte, el Mayo estudiantil también lo transformó a él en pasado. Lo obligó, como pensaron algunos, a cierto oportunismo de encabalgarse a los universitarios como 'vieja' estrella de sí mismo" (2018, p. 61). Entre cierta inercia intelectual y una capacidad indiscutible para dinamitar la mediocridad de todos aquellos que intentaron poner paños fríos en la situación, Sartre queda dibujado como una figura no ambigua, sino ambivalente. El Mayo lo atraviesa y él atraviesa al Mayo, la aguja los entrama con brusquedad y Casullo alumbra con una linterna de minero el punto exacto de las fricciones historiográficas.

En tercer lugar aparece Marcuse. Si Barthes hablaba *sobre* y Sartre hablaba *en* el Mayo, el autor alemán es una figura del *entre*. Casullo señala una contingencia histórica interesante: la importancia de Marcuse para estos acontecimientos, su lugar, su renombre, su prestigio, no radican en la lectura de sus grandes textos, que en todo caso aún no habían ingresado al campo intelectual francés de aquellos tiempos. Fue más bien

una intervención, un discurso icónico dado ante una multitud de estudiantes alemanes, lo que lo ubicó entre las referencias revolucionarias de la época. Su presencia tiene algo de fantasma: “Y Marcuse que es esa voz que ‘se creyó escuchar’ (...) y que finalmente concluyó escuchándose, aunque la mayoría de los parisinos del 68, como piensa Rossanda, la soñó escrita sin haberla leído” (2018, p. 81). Sin embargo, los fantasmas producen efectos: es la impronta marcusiana la que parece haber producido o acompañado la dimensión más lúdica, ligada al placer y al deseo, que emanan las consignas y los reflejos (también ellos fantasmales), que nos llegan al presente desde el Mayo del 68.

En Foucault, Casullo lee el posicionamiento más lúcido, el menos encandilado por las radiantes luces de la rebeldía generalizada y esperanzada. El boquete abierto en la Historia por los acontecimientos de Mayo podía o no convertirse en una transformación radical de la sociedad, el precio a pagar era la descomposición final de la fe occidental en el sujeto entendido en los términos de la modernidad: “¿Qué pretendía en el fondo Foucault lidiando en reuniones con jóvenes intelectuales de la militancia maoísta? Tal vez lo que declaró en una entrevista poco después: ‘deshacerse del humanismo, la herencia más pesada’” (2018, p. 91). Aquí se da para Casullo la paradoja de una lucidez destacable entremezclada con cierta incapacidad estratégica: “la debilidad de su argumento consistía en que restaba al hecho transformador, sentido a la orden del día, la utopía de un sujeto necesitado de tanta consistencia como el Poder que reclamaba” (2018, p. 92).

Finalmente, la última gran voz que es interpelada por *París 68* es la de Althusser. En este caso, lo que se nos presenta es una suerte de defensa *a pesar de*. Una cierta dignidad intelectual envuelve la obra del francés, pero la falta de anclaje en la praxis política concreta lo aleja de aquello que justamente parecía proponer el Mayo: la unión definitiva entre obreros y estudiantes, el matrimonio tan ansiado entre la práctica y la teoría revolucionaria. Althusser es la palabra universitaria dirigida a universitarios y destinada a reconfigurar una pureza de la conceptualización marxista basada en la oposición entre ciencia e ideología: “Althusser no pretendía sacar a ningún alumno de sus clases para llevarlo a las militancias barriales, imprescindible para nosotros a esa altura” (2018, p. 103). Este último autor se nos presenta casi como oposición exacta a la figura de Sartre: representa la Teoría frente a la efervescencia de la Praxis que dominó la escena francesa del 68, y es esa misma posición la que lo sostendrá en el tiempo como referencia ineludible del pensamiento revolucionario.

Más allá de todas estas voces icónicas, quizás la voz que emerge de la lectura con mayor intensidad es la del yo: Casullo, desde su presente de fin de siglo XX, recupera en diversas ocasiones sus propias palabras referidas al Mayo en otras décadas y las incorpora al texto en forma de citas más o menos extensas. Estos injertos provienen de tiempos y espacios disímiles, a través de los cuales la voz navega como hilando puntos de referencia de un modo que no es ni completamente azaroso ni completamente estructurado en un plan progresivo: se trata del itinerario de una experiencia antes que de la evolución de una perspectiva. Cada vez que ese retorno ocurre, la voz rescatada del pasado se muestra teñida de sus propias coordenadas temporales: nos asomamos al Mayo del 68 a través de los distintos cristales de época y circunstancia que Casullo nos propone y en cada oportunidad nos encontramos no tanto con una mirada diferente del mismo fenómeno, sino con fenómenos distintos aunados y vinculados apenas por la fragilidad de ese significante: París 68.

El texto, visto en su conjunto, presenta una particularidad estilística que es preciso destacar. Podríamos decir que el tono general del libro es barroco antes que clasicista: si bien los giros sintácticos son regulares, casi todos los párrafos están cargados de metáforas llamativas o poco usuales y las paradojas impregnan fragmentaria, pero contundentemente, los distintos capítulos. Esta generalidad se rompe por completo en algunos pocos momentos en los que la voz reingresa en el presente de la enunciación para remarcar algún detalle circunstancial. En esos casos, la coloquialidad y la cotidianidad entran en escena para hablar de un estante de libros o de la búsqueda de un artículo escrito hace mucho. Se trata de instantes de una cierta intimidad doméstica: la primera persona nos acoge y es como si nos indicara que estamos en confianza.

Casullo propone en esos momentos un modo de escribir que se parece a una suerte de diálogo con el lector y que resignifica aquella abundancia de giros metafóricos que se señaló anteriormente. Cuando apela a su presente, la voz que nos habla se clarifica y cuando emprende el recorrido de su propia memoria, se oscurece. Dadas las coordenadas historiográficas que el libro explicita, es válido suponer que esta variación no tiene que ver con cierta dificultad para dar cuenta del pasado, como si se tratara de recuperar aquello que habita en el reino de lo previo al presente, sino con el peso del recorrido y la acumulación de capas de significación que envuelven al Mayo y a cualquier hecho histórico. El presente se nos muestra llano porque no ha sido aún atravesado completamente por las voces que son las que distribuyen las intensidades, los silencios y las valoraciones. Claro que ese presente está desde ya trabajado por el pasado, pero la ubicación del yo que toma la palabra es la que elige desde qué punto se teje la narración.

En todo caso, el presente se parece más bien a un dato aislado, no entramado, como aquellos sobre los que reflexiona Casullo luego de hacer un breve recorrido cronológico por los acontecimientos de Mayo: “Así contado, lo que parece es el esqueleto sin sangre, sin ojos, sin rostro de una crónica insurreccional de envergadura. Falta la oscuridad de las voces, la tradición política de las diferencias y desacuerdos, ‘la dialéctica’ de las contradicciones” (2018, p. 41). Es precisa, entonces, una distancia que procure capturar el universo de voces que entretujan aquello que llamamos el pasado. Un desarrollo meramente cronológico, ordenado y coherente de la narración histórica se vuelve impensable o al menos artificial y defectuoso porque somete la complejidad de los fenómenos a la tiranía de una lógica que los precede y los empobrece.

En este marco, el texto se constituye en una especie de sutura inestable que permite articular tiempo y voz o, mejor aún, tiempos y voces, sin obligar a estas últimas a despojarse de su singularidad. *París 68* es un libro que funciona como una consciencia leyendo: hay el ritmo de una enunciación y cierta fuerza centrípeta que reúne los fragmentos, pero al mismo tiempo hay la irrupción incesante y repentina de imágenes, la complejidad de un tiempo zigzagueante y los destellos de voces varias que son a la vez recuerdos y resortes de reflexión. Casullo, como quería Barthes para el crítico literario, escribe una lectura. Esta tiene la particularidad de ser una lectura de lecturas sobre un acontecimiento histórico, lo que la obliga a tropezar consigo misma y a producir un pliegue sobre su propia identidad.

Los tentáculos de Mayo llegan de esta manera hasta el libro por vías más sutiles que las que cabría esperar: las paradojas de los famosos eslóganes del 68 (*seamos realistas, pidamos lo imposible o prohibido prohibir*) se replican en este modo de narrar la historia que nos propone el texto y en la reflexión historiográfica a la que conduce: “Pero la historia nunca es nada hasta que el narrador la cuenta, la arma siempre ‘por primera vez’ y piensa: esto es algo digno de ser contado” (2018, p. 172). Quizás no haya una herencia más certera de los acontecimientos del Mayo parisino que este triunfo de la voz por sobre el tiempo.

Bibliografía

Casullo, N. (2018). *París 68. Las escrituras, el recuerdo y el olvido*. Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades - Universidad Nacional de Córdoba.

Fecha de recepción: 20/10

Fecha de aceptación: 20/11

Licencia  Atribución – No Comercial – Compartir Igual (*by-nc-sa*): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.